

vera en su cuarto—quisiera haber sido diez veces mas rico por vos y por Estela; pero despues de mi muerte vos y ella es acordateis de mí.

—Gracias—contestó Don Alonso—no penseis en eso.

Y era que él pensaba ya que era cierto cuanto le habia dicho Martin.

XV.

De cómo volvió Doña Catalina á la casa de Don Pedro.

EL confesor no se hizo esperar, y se encerró con Mejía inmediatamente: Don Alonso tomó su sombrero, y sin decir á nadie nada, se salió á la calle y se entró en la casa de Doña Catalina.

—¿Qué tenemos?—dijo la vieja.

—Tenemos un triunfo completo; he conseguido volver á arreglar un negocio que esta muchacha estuvo á punto de descomponer con su genio violento, y que era nada menos que el porvenir de todos nosotros.

Catalina hizo una mueca, que á no haber estado allí la anciana, le hubiera valido un beso de Don Alonso.

—Contadnos.

—¿Qué tengo de contaros? Don Pedro de Mejía acaba de otorgar en toda forma su testamento.

—¿Y qué dice?—preguntó la anciana.

—Adivinadlo: ¿á quién pensais que deja de su heredero universal?

—A vos—dijo Catalina.

—A su alma—dijo la vieja.

—Nada de eso; á la señorita Estela, su esposa.

La anciana dió un grito de gozo, y los ojos de Catalina se abrieron y brillaron extraordinariamente.

—¿Y eso es verdad?

—Tan verdad, que él mismo me lo ha dicho.

—¿Y cómo lo conseguisteis?

—¿Soy acaso algun tonto? ¿No tenemos un contrato Catalina y yo, al cual ha faltado ella?

—¿He faltado?—dijo alegre la jóven.

—Sí; no haciendo lo que os he dicho.

—Pero prometo la enmienda—agregó la jóven sentándose al lado de Don Alonso, y acariciándole delante de la madre con descaro.

—Así sea—dijo Rivera;—es preciso que os resolvais á ir á la casa de Don Pedro.

—Iré—dijo Catalina.

—Y que le cuideis y le halagueis mucho.

—Lo haré.

—En fin, que muera contento de vos; no vaya el diablo á hacer que se arrepienta.

—Triunfaré del diablo.

—Bien; preparaos, porque luego que se acabe de confesar vendré por vos:

—Os aguardo.

—Disponéos, que muy pronto estaré de vuelta.

—Id, y que Dios os lleve.

—Adios.

Y Don Alonso volvió á salir precipitadamente.

Don Pedro se habia ya confesado cuando Rivera volvió á la casa, y los *Sacramentos*, como se le llama al Sagrado Viático, se debian preparar con gran solemnidad para aquella tarde.

Don Alonso dictó sus disposiciones, y todos los criados se

pusieron en movimiento, y comenzaron á hacerse todos los preparativos.

Martin se presentó á cosa de las dos con Don Alonso.

—¿Estareis satisfecho ya de mí?—le preguntó.

—Sí que lo estoy.

—He cumplido cuanto os ofrecí y podiais desear; Don Pedro de Mejía ha puesto el conveniente arreglo en todos sus negocios espirituales y temporales, y creo que á entera satisfaccion vuestra.

—Así lo entiendo.

—Pero supongo que estareis enteramente satisfecho y contento.

—Lo estoy.

—Porque todo ha salido á medida de vuestro deseo, ¿no es cierto?

—Sí, en efecto.

—Cumplí como cristiano y como vuestro servidor, y nada se podia apetecer mas.....

—Quereis decirme—exclamó impaciente Don Alonso—¿á qué viene todo eso?

—A nada: queria yo únicamente saber si habeis quedado satisfecho.

—Sí; ¿y qué?

—Nada; que yo aun no lo estoy.

—Bien; otro dia nos veremos; tengo hoy tanto que hacer!

—Nunca está un cristiano tan ocupado que no pueda cumplir una promesa hecha en honor de Dios y en su santo servicio.

—¿Sereis capaz, santo varon, de exigirme que os dé ahora mismo?

—¡Dios me libre de exigir nada! Hablo á vuestra conciencia y nada mas.

—Es lo mismo: entrad á ver al enfermo, porque supongo que á eso vendreis.....

—En efecto, á eso nada mas vengo.

—Y al salir tendreis vuestro dinero.....

—Dios os lo pagará.

Y Martin haciendo una reverencia á Don Alonso, se entró á la cámara de Don Pedro.

Al verle el enfermo, sus ojos brillaron, y procuró incorporarse.

—¿Viene mi hija?—preguntó.

—No, señor; esta noche iré á verla: dedicad todo el dia de hoy tranquilamente á vuestros negocios espirituales, y que nada os distraiga: mañana vereis á vuestra hija.

—¡Ah! quizá me agrave en esta noche, y quiero deciros, si es que no os lo dije ya: si muero, pedid al escribano mi testamento con el nombre de mi hija Doña Esperanza de Carbajal: esta es la órden que le he dado.

—Espero en Dios que os aliviareis.

—Lo dudo.

—Roposad, y mañana vereis á vuestra hija.

Suntuosos fueron los Sacramentos de Don Pedro de Mejía.

El virey, el visitador y la mayor parte de los caballeros de la corte concurrieron á ellos, alumbrando con cirios desde la calle hasta la cámara del enfermo.

El Viático, que lo traia el mismo arzobispo de México, venia en la mas rica de las carrozas de Don Pedro; multitud de hermanos de las cofradías acompañaban aquella procesion, y mil campanillas de todos tamaños venian por las calles, llamando la atencion de los vecinos y acompañando con su incesante sonido el coro de los acompañantes del Divinísimo.

Las señoras salian á los balcones, los hombres se agregaban á la procesion, y la calle y la casa en que vivia Don Pedro estaban literalmente llenas de gente.

Don Pedro recibió devotamente la comunión, y todos esperaban que volviera á salir el señor arzobispo para acompañarle en su regreso; pero apenas acabó de dar la comunión á Mejía, se volvió á los que alumbraban dentro de la misma estancia, y les dijo:

—Me permitireis que hable un momento á solas con el enfermo.

Todos, incluso el virey, se levantaron y salieron de la pieza.

Don Pedro miraba aquello con admiracion.

—Solos estamos—dijo el arzobispo—y quiero revelaros bajo el sigilo sacramental y para tranquilidad de vuestra conciencia en estos momentos, un secreto.

—Escucho á S. Illma.—contestó Don Pedro.

—¿Qué habeis hecho de la dama con quien os unísteis, y de la mujer que se os presentó como vuestra esposa?

—Señor Illmo., esa mujer está en uno de los aposentos de esta casa; en cuanto á la dama, no he vuelto á verla desde la noche de mi desgraciada boda: mi conciencia, sin embargo, me acusa de haber intentado hacerla venir. ¡Perdon, señor, pero yo la amabá mucho!

Y Don Pedro se puso á llorar.

—No lloreis—dijo el arzobispo—porque nada teneis ya de que pedir perdon, ni por qué afligiros; sabed que he averiguado que esa negra no es vuestra mujer, que vuestra mujer murió, y que hace ya algunos años que sois libre.

—¡Señor!—exclamó Don Pedro incorporándose enteramente.—¡Señor! ¿será cierto lo que escucho? ¿es decir que puedo sin pecar hacer que venga aquí Estela? ¡Oh, Dios mio,

Dios mio! ya puedo morir sin remordimientos, ya puedo morir tranquilo!

—Sí, nada teneis ya que pese sobre vuestro corazon; sois libre, y esa dama pudo y puede ser vuestra esposa ante Dios y ante el mundo.

—Estais muy agitado—continuó el arzobispo—y vuestra salud es en extremo delicada; calmaos, y despues que hayais rezado y meditado sobre el Sacramento que acabais de recibir, haced lo que mejor os parezca; que vuestra conciencia quede tranquila; es un consejo de vuestro prelado, y casi una prevencion.

—Obedeceré, Illmo. señor—contestó Don Pedro con resignacion.

—Y hasta el día de mañana, si Dios os presta vida, no hableis de esto á nadie.

—Así será.

—Ahora, que Dios os envíe la salud si os conviene, ó la resignacion que necesitais para el trance postrimero.

Don Pedro besó respetuosamente el pastoral de S. Illma. y se recogió, pensando, muy contra su voluntad, no en el Sacramento, sino en Estela.

Toda aquella noche la pasó Mejía en las mas profundas reflexiones, y sin embargo de la tranquilidad que sentia en su conciencia, anhelaba por la llegada de la mañana para hablar con Don Alonso acerca del secreto que le habia revelado el arzobispo.

Por fin amaneció, y Don Alonso, que no se separaba ya de la casa del enfermo, entró á verle.

—Don Alonso—dijo Mejía—tengo una gran noticia que comunicaros, una buena noticia para vos que sois mi amigo, y que os interesais por mis negocios como si fueran los vuestros.

—¿Qué hay pues?

—Oid, amigo mio, oid: anoche, despues que el señor arzobispo me administró la sagrada comunión, me ha dicho para la tranquilidad de mi conciencia, que esa negra no es Luisa.

—¿Qué os habia yo dicho?

—Sí, Don Alonso, teníais razon; que no es Luisa, que Luisa murió hace algunos años, que yo era libre, y que por consiguiente Estela es mi verdadera esposa.

—¡Oh, qué felicidad!

—Muy grande, Don Alonso, muy grande; Estela volverá á esta casa como señora, como dueña: vos la persuadiréis, ¿no es cierto?

—Sí, Don Pedro, yo la persuadiré.

—Vendrá, porque quedará convencida de que ella y yo fuimos víctimas de una trama infernal.

—¿Però cómo supo eso el señor arzobispo?

—Lo ignoro, y no deseo saberlo yo tampoco; bástame conocer el resultado, que bastante feliz soy con ello.

—Teneis razon.

—¿Y cuándo ireis en busca de Estela?

—Cuando vos lo dispongais; vive ahora en la casa de enfrente, que á ella volvió luego que salió libre la señora.

—Entonces hoy, ahora, en este momento.

—Es aún muy temprano.

—No importa; id, id, que estoy impaciente por verla.

—Iré.

—Sí, dadme esa inmensa satisfaccion; de un momento á otro quizá me sorprenda la muerte, y quiero ver á Estela antes de abandonar la vida.

—Voy al momento.

Don Alonso salió precipitadamente, y Don Pedro llamó

á sus criados, se hizo peinar, y mandó disponer la casa como para una gran fiesta.

Era aquella una cosa bien triste; un moribundo disponiendo una fiesta; pero toda la servidumbre se puso en movimiento.

Lázaro el pobre notó aquellos preparativos, preguntó la causa, y nadie pudo darle razon; allí se hacían las cosas porque había órdenes de hacerlas, y no se preguntaba nunca el por qué.

—¿Será posible—decía Lázaro, ó mas bien dicho, Don César—que para recibir á su hija haga todo esto Don Pedro? ¿Habrá logrado Martin tocar así su corazón? Quién sabe; él me dijo que había conseguido mucho: voy á verle; quizá sea esta alguna nueva intriga de Don Alonso.

Y Lázaro salió en busca de Martin.

Don Alonso estaba ya en la casa de Catalina; al verle entrar, la hija y la madre advirtieron que su semblante radiaba de alegría.

—Muy buenas noticias debeis traer, puesto que aun en la cara se os descubre el gozo—dijo la vieja.

—Soberbias nuevas; á cada momento se ponen mejor las cosas, y hemos triunfado por completo.

—Explicaos—dijo Catalina.

—El arzobispo ha declarado que la anterior mujer de Don Pedro ha muerto hace ya algunos años, que Don Pedro es libre y que vos sois su verdadera y legítima esposa.

—¿Es decir.....

—Es decir que vos sois ya la señora y dueña de la casa de Mejía, que nadie podrá poner en duda vuestros derechos, que Don Pedro os pide que le perdoneis, y os suplica que paseis á instaláros á su casa como señora.

—¿Y debo ir?

—Por supuesto; sois su mujer, no hay razon para resistirse; él tiene derecho para llamaros, y á vos os conviene ir, y muy pronto; quizá mañana seais ya la viuda de Mejía, y es preciso que os reconozcan antes todos como su mujer.

—Entonces iré.

—Vamos pues.

—Dentro de una hora necesito disponerme y cambiar de trage; quizá llegue mucha gente atraída por la novedad del lance, y debe verme como quien soy.

sitador, y en su incomunicacion no les era posible saber nada de Esperanza ni de Doña Juana, cuya muerte ignoraban.

Así trascurrieron varios dias, hasta que una tarde Martin habló á la jóven.

—Dad un momento tregua á vuestro llanto—la dijo—y prestadme atencion, que voy á hablaros de un negocio que os interesa altamente.

—¿Qué negocio puede interesarme á mí, pobre huérfana—contestó la jóven—cuando todos los vínculos que me unian con el mundo se han roto?

—No lo creais, aun os queda uno, y muy fuerte.

—¿Leonel?

—Entonces serán dos, y ya veis que no estais tan sola.

—¿Pues de quién quereis hablarme?

—Escuchad: ¿sabeis vos por ventura quién es vuestro padre?

—¿Mi padre?—contestó turbada Esperanza y poniéndose encendida—¿mi padre? murió hace muchos años; aun era yo muy niña y no le conocí.

—Os engañais.

—Caballero!

—Repito, señora, que os engañais; vuestro padre vive.

—Calumniais la memoria de mi madre, y no lo consentiré—dijo levantándose la jóven.

—Oidme un momento con paciencia y quedareis enteramente satisfecha.

—¿Pero qué intentais?.....

—Vuestro bien: oidme y luego me contestareis.

—Bien, hablad.

—Hubo un hombre rico, muy rico, español—dijo Martin—que abusó del candor, de la inexperiencia y del aislamiento en que se encontraba en un tiempo Doña Juana de

XVI.

En donde sigue la misma materia del anterior.

MARTIN no habia creído prudente hacer revelacion ninguna á Doña Esperanza, mientras no tuviera la completa seguridad del reconocimiento de Don Pedro. Otorgado el testamento, y autorizado ya por Mejía para buscar á su hija y conducirla á la casa paterna, pensó que era necesario hablarle.

Doña Esperanza estaba ya firmemente persuadida de que la madre habia perecido entre las llamas, y habia caído en un abatimiento profundo, del que no bastaban á sacarla los consuelos que le prodigaba Martin; porque la mudita no podia sino acariciarla y llorar con ella.

La pobre jóven se miraba enteramente sola sobre la tierra, y Don Leonel no habia vuelto á enviarle ni un recado, porque Don Leonel creía por lo que su padre le habia dicho, que Esperanza era su hermana, y que era necesario ahogar aquella pasion, y en último caso declarárselo todo á ella y huir muy lejos.

Pero Leonel y su padre seguian presos por orden del vi-

Carbajal. Doña Juana fué madre cuando aquel hombre la abandonaba, y la hija de aquel hombre érais vos, señora...

Doña Esperanza quiso hablar, pero Martin continuó:

—No me preguntéis nada sobre los pormenores de todo esto, que es una historia bien larga y muy triste, que pronto leereis escrita toda la parte que con vos tiene referencia, por la misma mano de vuestra madre; básteos por hoy saber que yo soy el único que conoce y que posee ese documento, que la Providencia puso sin duda en mis manos para hacer esta revelacion, de la que ni un instante debéis dudar. Vuestro padre vive, pero en estos momentos está moribundo, y le he hablado de vos; quiere veros, os reconoce, os nombra su heredera, me encarga que os lleve junto á su lecho de muerte: ¿ireis?

—Nunca.

—¿Nunca, Doña Esperanza?

—Nunca; ir á ver al hombre que deshonoró, que hizo la desgracia de mi pobre madre, que la abandonó.....

—Pero ese hombre es vuestro padre, os llama, está arrepentido, y vos no teneis el derecho ni de acusarle ni de juzgarle siquiera.

—Teneis razon, teneis razon; es mi padre!—exclamó sollozando Esperanza.

—Entonces ¿vendreis, señora?

—¿Pero qué seguridad tengo de que sea en efecto mi padre?

—¿Aun dudais? Pues bien, el hombre que os llama, se nombra Don Pedro de Mejía.

—Bien, ¿y qué?

—¿Conoceis la letra de vuestra madre?

—Sí, sí—exclamó Esperanza.

Martin se levantó precipitadamente y sacó de un arma-

rio el libro que contenia las Memorias de Doña Juana de Carbajal, buscó el pasaje del nacimiento de la jóven y se lo presentó, diciéndole:

—¿Conoceis esta escritura?

—Sí, es de mi madre, de mi pobre madre—contestó Esperanza, bañada en llanto y besando el libro escrito por Doña Juana.

—Pues leed—dijo Martin—leed; yo os habia querido evitar el dolor de recorrer esas páginas bañadas en llanto, pero vos lo quereis; leed solo por el bien vuestro; no paseis adelante ni comenceis mas atrás: cuando la calma vuelva á vuestro corazon, sabreis toda la historia.

Doña Esperanza comenzó á leer, limpiándose los ojos empapados en llanto, á cada instante.

Martin de pié tras ella, la seguia con la vista en la lectura.

Habia momentos en que la jóven no podia continuar, porque las lágrimas la cegaban, y entonces dejaba el libro y lloraba un largo rato; luego se enjugaba los ojos y volvía á continuar.

Cuando Martin conoció que habia llegado hasta donde debia leer para satisfacerse, puso su mano dulcemente sobre el libro. Esperanza alzó admirada los ojos para verle: absorta en los recuerdos de su familia, habia olvidado á Martin.

—Creo que es ya bastante;—dijo éste—¿para qué quereis martirizaros mas?

—Dejadme concluir.

—No, Doña Esperanza; estais satisfecha de que yo no os engaño: dejad para otra vez esa historia que hará sangrar vuestro corazon, tan conmovido en estos momentos; quizá sea hoy la ocasion menos oportuna para entregaros á

esa clase de recuerdos: además, si ese libro tiene que permanecer aquí, ¿para qué esa precipitación en leerlo todo y en estos momentos?

—¿Pero creéis que esté tranquila sin leerlo todo?

—¿Y creéis que en algo os tranquilizará su lectura? Creedme, os lo suplico, y dejad por ahora ese libro: dádmelo.

—Bien; tomadle.

Martin recibió el libro y volvió á guardarle en su caja.

—Ahora—dijo—hablemos de vuestro padre.

—¿De mi padre? ¡Dios mio! despues de lo que acabo de saber.....

—Si Doña Juana viviera ¿os aconsejaria el rencor?

—Imposible.

—Pues bien; haced de cuenta que os habla, que os ve, que sabe que Don Pedro, solo, moribundo, arrepentido, llama á su hija.....

Doña Esperanza lloraba sin contestar.

—¿Qué me decís, señora? ¿debo contestar á vuestro padre que su hija se niega á ir á verle morir, que no cuente mas con ella, que espire solo como ha vivido, solo, que lleve al sepulcro su dolor y su remordimiento?.....

—Oh, no, no!

—Pues en tal caso.....

—Iré á ver á mi padre.

—Dios os premiará.

—¿Y cuándo?

—Mañana.

—¿Mañana?

—Temprano.

.....
Llegó el momento en que Doña Catalina entrase de nuevo á la casa de Don Pedro, conducida por Don Alonso.

La dama se habia vestido y ataviado soberbiamente, á pesar de que entonces los trages de las señoras les cubrian generalmente hasta el cuello: Doña Catalina, por hacer ostentacion de sus bellas formas, llevaba un vestido escotado y casi flotante sobre los hombros, y sus mangas enteramente abiertas colgaban á los lados, dejando ver los brazos hermosamente contorneados.

Como Catalina comprendia que se trataba de excitar el amor de Don Pedro y aumentar su ilusion para apoderarse completamente de su espíritu, habia adoptado aquel trage casi de fantasía, que llevaban entonces no mas las mulatas y las mujeres de costumbres perdidas. Quería estar no solo hermosa, sino seductora y provocativa, y lo habia conseguido.

Don Pedro fué advertido por un lacayo de que Catalina se acercaba; y sentado en su lecho como un espectro, flaco, pálido y moribundo, pero con los ojos brillantes, no apartaba su vista de la entrada por donde debia aparecer Catalina.

Se oyó un ligero ruido, se abrió la puerta, y la dama, arrojando con estudiada indiferencia el velo que la cubria, se presentó radiante de hermosura, y se dirigió precipitadamente al lecho del enfermo.

Don Pedro tendió sus brazos secos como dos raíces; y recibió en ellos á su esposa, que fingia llorar y acariciarlo.

Aquella escena era repugnante: la cabeza encantadora de la jóven, coronada de flores y de brillantes, descansaba sobre el hombro descarnado de Mejía, y la fisonomía pálida y desencajada de éste asomaba á un lado, estampando sus labios descoloridos en la turgente espalda de Catalina.

Parecian un arcángel preso en los brazos de un cadáver.

Cualquier observador imparcial hubiera sin embargo comprendido que Doña Catalina tenia que hacer un terrible es-

fuerzo para permanecer así, y que aquella emocion iba agotando rápidamente la poca vida que le quedaba á Mejía.

Doña Catalina quiso llevar su papel mas adelante, y arrodillándose cerca del lecho, clavó su frente sobre el colchon. Mejía entonces podia solamente mirarle la espalda.

El vestido de la jóven se bajaba entonces de tal manera, que Don Pedro distinguió la mancha roja que tenia Catalina, y una idea espantosa cruzó por su cerebro.

—¡Estela! ¡Estela!—dijo con terror.

La dama levantó el rostro espantada, al notar la emocion de Don Pedro.

—¿Qué tienes?—preguntó.

—¿Qué mancha es esa que llevas en la espalda?

—No te espantes, esposo mio; esa mancha la tengo desde el dia en que nació.

—Estela, ¿y tu madre tiene tambien esa mancha?

—Tambien: ¿pero por qué te asustas?

—Ay, ¡dime, dime por Dios! pero no me engañes, ¿conociste á tu padre?

—¿A mi padre?—preguntó asombrada la jóven y sin saber qué contestar al pronto.

—Sí, á tu padre; no me engañes, por Dios; va en esto la salvacion eterna de tu alma y de la mia.

A pesar de su audacia, Catalina comenzaba á turbarse y á sentirse impresionada á la vez.

—Respóndeme, Estela—agregó, á cada momento mas irritado.—Respóndeme.

—No le conocí.

—¿No le conociste? gritó Don Pedro—¿ni sabes quién es?

—Sí;—respondió temblando ya Catalina;—era un español.

—¿Murió, murió?

—Creo que no, señor.

—Entonces ¿dónde está?

—No sé, porque abandonó á mi madre.....

—Misericordia!—gritó Don Pedro—mi hija!

Y abriendo los brazos, cayó en el lecho como herido de un rayo.

—Socorro, socorro, Don Alonso!—gritó Catalina levantándose como una loca—socorro, socorro!

La puerta se abrió precipitadamente, y Don Alonso, seguido de varios criados de ambos sexos, penetró en la estancia.

—¿Qué hay? preguntó.

—No lo sé, no lo sé; mirad á Don Pedro; aquí hay algo de horrible, de misterioso.....

Don Alonso se precipitó al lecho de Don Pedro, examinó con horror el rostro del enfermo, y despues de un momento de silencio, exclamó solememente:

—Encomendadle á Dios: ¡ha muerto!

Los criados se agruparon curiosamente, Doña Catalina se dejó caer en un sillón, y Don Alonso repitió fatídicamente:

—¡Ha muerto! ha muerto!

En este momento se habia abierto de nuevo la puerta, y un hombre con una dama cubierta se habian presentado; pero al escuchar las palabras de Don Alonso, la dama lanzó un débil gemido y se desmayó.

El que la acompañaba la sostuvo en sus brazos, la retiró un poco y volvió á cerrar la puerta.

Eran Martin y Doña Esperanza. Nadie se apercibió de su llegada ni de su salida.

En aquel momento comenzaba verdaderamente la lucha: Don Alonso y Doña Catalina tomaban posesion de hecho de los inmensos bienes de Don Pedro; y aunque Martin contaba con el testamento, que era una arma poderosísima, sin embargo, los contrarios eran ricos, y esto les daba una gran superioridad.

Lo primero en que pensó Martin, fué en quitarse de encima toda persecucion por parte de la justicia; así es que luego que dejó á Esperanza en su casa, salióse á disponer lo necesario para lograr sus planes.

En uno de los barrios mas pobres y apartados de la ciudad, en una casucha triste y miserable, estaba tendido el cadáver de un hombre como de cuarenta años, casi desnudo; tenia á su lado una pequeña vela de sebo que ardia pegada en el suelo, y sobre el estómago del cadáver habia un plato de barro, viejo y roto, en el que se habian depositado algunas monedas de cobre.

Una vieja hilaba sentada á la puerta del cuarto.

Martin pasaba por allí, metiendo la cabeza en todas las casas y procurando encontrar algo: al ver aquel cadáver se detuvo y dijo dentro de sí:

—Este me conviene.

La vieja alzó el rostro para mirar á Martin.

—Buenas tardes os dé Dios—dijo Garatuza.

—Buenas tardes—contestó la vieja.

—¿De qué murió ese pobre señor?—dijo Martin señalando el cadáver.

—Quién sabe; yo ya le encontré muerto.

—¿No era vuestro pariente?

—No tal; que yo por obra de misericordia he venido á cuidarle, mientras se junta para su entierro, porque como está solo, no vayan á comérselo los puercos ó los perros.

XVII.

De cómo saldó sus cuentas con la justicia Martin Garatuza.

LA policia del marqués de Cerralvo y del visitador Carrillo, no inquietaba, por cierto, mucho á Garatuza, á pesar de que la Audiencia habia dado sus órdenes para que todos los alcaldes procurasen su aprehension. Martin era hombre de recursos, y en último caso hubiera mudado de domicilio y marchádose á la ciudad de Puebla ó Valladolid; pero estaba empeñado en el negocio de Doña Esperanza, que además de su amor propio comprometido, le ofrecia un buen porvenir para su hija; y Martin comenzaba ya á pensar en el porvenir.

Así es que se hacia preciso para obrar con mas libertad, saldar cuentas con la justicia, y Garatuza se determinó á verificarlo.

Llegó con Doña Esperanza á la casa de Mejía en el momento en que éste acababa de espirar; Esperanza no pudo soportar aquel nuevo golpe y se desmayó; pero en aquellos momentos de confusion en la casa, nadie notó nada, y Garatuza luego que la jóven volvió en sí, la condujo, procurando no llamar la atencion, á su casa.

—¡Pobre hombre! ¿De modo que no tiene parientes, ni amigos, ni nadie que por él se interese y lo mande enterrar?

—Nadie: yo le he puesto ese plato en la *barriga* para ver si se *junta* para la mortaja y la sepultura.

—Trazas tiene de no *juntarse* nada.

—Así es en efecto, y me causa mucha tristeza: ¡quién sabe cuántos años le costará de purgatorio, eso de que le sepulsen sin mortaja!

—Puede ser.

—¿No me ayudais con nada?

—Sí, os ayudaré, y mas de lo que podeis suponer; que yo haré por mi cuenta todos los gastos del entierro y la mortaja, sin que vos tengais que molestaros.

—Entonces, ¿sereis muy rico?—preguntó la vieja con admiracion.

—Muy rico, no; pero tengo lo suficiente para estos gastos, y los haré: ante todo quitad el plato y el dinero que se ha reunido.

—¿Y qué hacemos con ese dinero?

—Es muy poco y no quiero que nadie me ayude: tomaos el dinero, y rezad en pago alguna cosa por el descanso de esa alma.

—¿No se gravará con eso mi conciencia?

—¿Qué se va á gravar! ¿Creeis que yo que pago todos los gastos, no sea libre de disponer de esa pequeña cantidad?

—Sí lo sois.

—Bien; pues tomadla bajo mi responsabilidad y á cargo de mi conciencia.

—Así, sí.

—Despues, hacedme favor de cuidar aquí, hasta que yo mande unos hombres con un ataúd por el difunto, para que le trasladen á otra casa en donde le vistan y le amortajen.

—Solo que yo tengo que hacer y pierdo aquí mi tiempo.

—Nada perderéis, porque los mismos que vienen por el cuerpo, os darán un regalo de mi parte, y yo os doy esto á cuenta y como parte de la recompensa que Dios os enviará por vuestras buenas acciones.

Y Martin dió dos duros á la vieja.

—Que su Divina Majestad os haga muy rico—exclamó la vieja guardando su dinero:—y ahora, ¿qué mas quereis que haga?

—Que nada, ni á nadie digais nada de cuanto aquí hemos hablado, ni de lo que va á pasar, porque tratándose de caridad, la mano derecha no ha de saber lo que da la izquierda.

—Está bien: ¿y á qué hora vendrán los hombres por el cadáver?

—Dentro de dos ó tres horas.

—Esperaré.

—Adios.

Martin se encaminó entonces á una casita pequeña tambien, que estaba por las calles que hacian espalda al monasterio de Santo Domingo.

Era una casa entresolada con una sola ventana, y el zaguán estaba cerrado.

Martin llamó, y una negrilla llegó á abrirle y le preguntó:

—¿Qué mandaba su señoría?

—¿Está ahí la Perla?

—¿Qué perla?

—No te hagas la tonta, tu ama Andrea.

—Sí, señor.

—Entra á decirla que aquí la busca el Bachiller, su amigo de otros tiempos.

—¿La gracia de su señoría?

—Dí como te digo, y no tardes.

La negrilla se entró precipitadamente, y poco despues salió hasta el zaguan la misma dueña de la casa.

Era una mujer jóven aún, pero demasiado gruesa; sus facciones conservaban todavía los restos de una gran hermosura, pero en ellas se notaban esos rasgos característicos de una vejez prematura producida por los vicios y los desórdenes: aquella jóven vieja llevaba un traje de colores muy vivos, y multitud de cintas y adornos en la cabeza. En México no estaba vigente ya la Ordenanza de Felipe II, que prevenia que las mujeres de mala vida vistieran de paño pardo con adornos de picos en el traje, de donde vino el refran vulgar de «andar en picos pardos.»

—¡Bachiller!—exclamó la mujer al ver á Martin, y arrojándose descaradamente en sus brazos.—¡Qué milagro! ¿Qué santo te trae por aquí, despues de tantos años? Entra, entra, mi bien, que no te he olvidado.

La Perla, como la habia llamado Martin, le hizo entrar, llevando enlazados sus brazos al cuello de Garatuza.

—Mi Perla—dijo Martin—¿estás sola? ¿podemos hablar un rato?

—Por supuesto, por supuesto; si tú no sabes el gusto que tengo en volverte á ver; se me figura que vuelvo algunos años atrás; ¡éramos tan felices! ¡qué vida! ¿te acuerdas? ¡qué paseos! ¡qué bailes! ¡qué almuerzos!

—Sí, Andrea, me acuerdo; ¿pero no vendrá á interrumpirnos nadie?

—Nadie; ¿quién ha de venir? Además, ahora verás: ¡Dominguilla! ¡Dominguilla!

—Mande la señora—dijo la negrita.

—Cierra, hija mia, y á nadie le abres, ¿lo oyes? no estoy aquí.

—Sí, señora.

—Quiero dedicarle todo mi tiempo al Bachiller, á mi ingrato Bachiller, que no habia venido hace tantos años.

—Gracias, Andrea. Pero vengo á que hablemos de un asunto en que puedes servirme mucho.

—Habla, mi bien, habla.

—¿Estás libre, Andrea?

—Libre, como la pluma en el aire.

—¿Es decir que puedo contar contigo?

—Como siempre; ya sabes que yo te quiero como antes, y te vendrás á vivir aquí á mi casa, y te cuidaré al pensamiento, y nadie entrará aquí mas que tú.....

—No, no se trata de eso—dijo Martin cortando el torrente de palabras de la Perla:—Andrea, ya somos viejos para esos amoríos.

—¿Viejos?—dijo la Perla haciendo un dengue.—Si no tienes ni una cana, y eres capaz todavía de causar ilusion á cualquiera mujer.

—¡Vaya! Pero no se trata de eso, es otra clase de negocio el que vamos á arreglar.

—Sea como quieras. Dime, ¿qué hay?

—Necesito que recibas aquí á un muerto.

—¡A un muerto! ¡Ave María Purísima!—dijo la Perla santiguándose.

—Sí, es decir, á un cadáver.

—¡Jesus me acompañe! ¿Pero cómo? ¡Dios me libre y me defienda!

—Oyeme, óyeme; á un cadáver, que he de ser yo.

—¿Tú? ¡Santo fuerte! Tú te has vuelto loco.

—No, sino muy cuerdo. Es un cadáver, que diremos que es el mio, y que me he muerto.

—¿Pero para qué? ¿para qué? Expíciate.

—Porque tengo muchas cuentas con la justicia, y así salimos de empeños.....

—Acabaras! es decir, que se murió otro, y se dice que tú; y muerto el perro..... vaya..... caigo en la cuenta.

—Eso es. ¿Conque me ayudas?

—¡Pero eso de traer un muerto á mi casa! y luego, ¿de dónde cogemos ese muerto?

—Eso correrá de mi cuenta.

—Pero pierdo mucho.....

—Nada, yo te pagaré bien, y no tendrás de qué quejarte por eso.

—Vamos á cuentas; primero el plan, y luego el precio.

—Eso se llama entrar en razon.

—Habla.

—Yo mando traer al muerto, aquí lo visten y lo amortajan, y lo lavan y todo eso.

—¿Pero quién? Yo, no.

—Por dinero baila el perro. Yo te daré dinero, y no faltará quien lo haga.

—¿Qué mas?

—Escribiré una carta que llevarás al virey, fingiéndote mi mujer.....

—Buena es esa. ¿Y dónde veré al virey?

—Todo te lo explicaré despues; y él cree que yo le escribí, que he muerto; se esparce la noticia, vienen á ver el cadáver, me entierran, y *Laus Deo*, se acabaron las persecuciones y los exhortos contra mí.

—Dicho es muy fácil; pero quién sabe.

—Ya lo verás; ¿consientes?

—Se me figura increíble tener aquí á un muerto.

—Por pocas horas, que vamos á adelantar el trabajo: voy á darte una carta para el virey, que llevas á palacio luego,

que es hora esta en que da audiencia: por supuesto vas llorando, y le cuentas que escribí la carta y *troné*: si puedes conseguir que mande un oficial de justicia para el entierro, es mejor, y él te dará dinero para tí, y yo te daré mas.

—Me atengo al que tú me des.

—¿Cuánto quisieras?

—La verdad, el sacrificio es grande, y vale cien duros; ¿te parece mucho?

—No, cuenta con doscientos.

—Eres encantador—dijo la Perla besando á Martin.

—Pues anda á vestirme, mientras pongo la carta; ¿tienes recado de escribir?

—Sí, ahí está.

—Pues vé á vestirme.

—¿No te parezco bien así?

—Hermosísima; pero el virey no creerá en la viudedad por lo mismo que estás tan bonita y tan elegante.

—¿Qué me pongo, pues?

—Un vestido negro, viejo, y un manton; te quitas esos adornos de la cabeza, te despeinas un poco, y procuras frotarte los ojos con algo, para que parezca que has llorado.

—¿Con mis cabellos?

—Con lo que quieras, ya sabes el objeto.

—Voy, y ya verás.

—Oyeme; ¿la negrilla es de secreto?

—Es una mujer de pecho como un sepulcro.

—Adviértele.

—Le diré, no hayas cuidado.

La Perla se entró á vestir, y Martin se puso á escribir la carta para el virey, que meditó á todo su gusto.

Por fin volvió á salir Andrea.

Estaba como Martin se lo habia dicho, vestida de negro,

y con los ojos encarnados como si hubiera llorado ocho días consecutivos.

—¿Qué tal te parecee?—dijo haciendo una caravana.

—Soberbia.

—¿Ya está la carta?

—Sí; óyela.

—Ante todo, ¿qué tengo que hacer?

—El papel de una viuda escandalosa, que quiere á todo trance arrancar dinero al virey y hacer que entierren de balde á su marido.

—Adelante; á ver la carta.

Martin leyó en voz alta:

«Excmo. Sr. Virey:

Cercano ya el fin de mi vida por una enfermedad que Dios nuestro Señor se ha servido enviarme, y debiendo á su divina Majestad el señalado favor de morir critianamente y en su santa gracia, con todos los auxilios espirituales que necesarios son para el trance postrimero; en descargo de mi conciencia, y próximo ya á comparecer ante mi Dios y Señor, me dirijo humildemente á V. E. para pedirle su perdon como representante de S. M. el rey mi Señor (Q. D. G. M. A.) por haber ofendido su justicia, y en particular á V. E. por haberle engañado entrando á su servicio con el supuesto nombre de Benjamin.

Si V. E. me otorga el perdon que humildemente solicito, podré morir tranquilo.

Así lo espero de la magnanimidad de V. E., interponiendo como mi abogada y madrina á mi madre María Santísima de Guadalupe.

Dios guarde á V. E. muchos años.—B. L. P. de V. E.
—*Martin de Villavicencio (llamado Garatuza.)*»

—Muy bien—dijo la Perla cuando Martin acabó de leer —muy bien, comprendo ahora perfectamente.

—Bien; pero anda á Palacio.....

—¿Y qué sucede, tú has muerto ó no?

—Claro está que sí; y si puedes conseguir que el virey me mande enterar.....

—Eso es: ¿y si se acompaña conmigo un alguacil para venir á ver el cadáver?

—Nada temas, cuando vuelvas todo estará arreglado.

—Entonces hasta luego.

—Hasta luego.....

La Perla se envolvió en su manton, se echó en la cara un velo y salió.

—Mi vida—le gritó Martin.

—¿Qué hay?

—Advierte á la negrilla que yo puedo hacer aquí lo que quiera.

—Sí.

La Perla habló con la negrilla y salió.

A poco salió Martin en busca de un ataud y dos cargadores para conducir el cadáver que habia contratado y llevarlo á la casa de Andrea.